

EFEECTO MARIPOSA

RESUMEN

La orientación vocacional y la difusión del perfil profesional en especialidades de nueva creación debe ser un asunto prioritario para las instituciones educativas. Así como la actualización en los distintos campos del saber del claustro docente, ya que nos encontramos en los umbrales de la “nanociencia” y no sabemos cómo incidirá en nuestra muy devastada ecología.

Respecto al Diseño, este debe ser el plan, la proyección de ideas positivas y constructivas con un método coherente para producir objetos útiles a la comunidad, valiéndose de propuestas intelectuales, éticas y sirviéndose de recursos materiales y técnicas compatibles con el medio y la vida.



Cuando una persona (un estudiante) se quiere iniciar en el área profesional, conoce a varios profesionistas especializados en áreas diversas; de las cuales toma el perfil profesional, por lo que uno quiere ser abogado, contador, médico, arquitecto, etc. En mi caso sucedió algo muy curioso; yo venía de terminar la preparatoria en Morelia, Michoacán, a la ciudad de México DF., en esa época (inicio de los 60s) hablábamos de cursos anuales, los cuales empezaban en febrero y terminaban en noviembre. A mi me decían mis maestros que tenía vocación para la arquitectura porque dibujaba bien, esculpía, y realizaba modelos en madera, como barcos, avioncitos, pipas, juguetes; y me insinuaron que esa era el área de mi especialidad. Me

presente en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y realicé mi examen de admisión para la carrera de arquitectura; estuve esperando que salieran las listas, pero no salió mi nombre. Ya habían iniciado las clases y el mes de febrero avanzaba, y si perdía la oportunidad de estudiar, perdía un año completo. Mi intención específica era de estudiar arquitectura por esa influencia de mis consejeros y también por el perfil profesional de los arquitectos: el construir casas, muebles, objetos diversos y su habilidad para dibujar, pues ya conocía a más de uno en esa época.

Un paisano arquitecto, me comentó que cerca de la UNAM había otra universidad que impartía la carrera de arquitectura,

llamada Universidad Iberoamericana, en la cual él daba clases y me podía presentar y recomendar con el director para ver si era posible mi ingreso a esa casa de estudios.

Mi amigo el arquitecto Jesús Virchez, me presentó con el Dr. Felipe Pardinás quien, en ese entonces, era el director del departamento de arte en el que se impartían las carreras de arquitectura, artes plásticas, historia del arte y diseño industrial. Fue a quien solicité mi ingreso a la carrera de arquitectura, a lo cual me comentó lo siguiente: en este momento no tenemos cupo en arquitectura, pero hay una nueva carrera que estamos iniciando, se llama “diseño”, si te interesa te podemos aceptar en ella.

Con el solo nombre “diseño” me perdí en el universo de los perfiles profesionales; no me decía nada concreto y en algunas reminiscencias de mi incipiente cultura me remontaba a modistos, a mundos exóticos y banales, sentía que

no me interesaba en absoluto; sin darme cuenta que el diseño sería la columna vertebral de mi vocación. El Doctor Pardinás se dio cuenta de mi confusión y me dijo; llévate estas revistas, estúdialas y te vas a dar cuenta de qué es lo que se hace en diseño. Aún recuerdo los nombres de estas primeras publicaciones “Steel Industry” y “Mobilia”, me las lleve; estuve hojeándolas y vi: Fotografías y dibujos de cabinas telefónicas, máquinas Olivetti con carteles alusivos, autos Citroën, lámparas, juguetes, teléfonos, radios, herramientas, bicicletas; todo lo que allí se encontraba eran nuevas propuestas que yo nunca había visto y me hicieron meditar, si todo esto era diseño, eso era lo que me interesaba; fue un gran descubrimiento para mí. Al siguiente lunes me presenté con el Doctor Pardinás y le comenté mi sorpresa, mi entusiasmo y que estaba muy interesado en lo que me había dado, (él esbozó una sonrisa para sí mismo) y yo, aún con la indecisión, le condicioné de que, si no me gustaba, podría

cambiar al año siguiente a arquitectura, (que necesidad).

Ese fue mi primer contacto con el concepto del diseño.

Las personas que estaban en ese momento en la escuela de diseño de la “Ibero” como docentes, eran profesionistas de un conocimiento prospectivo o de vanguardia: el doctor Felipe Pardinas; el arquitecto Mahtías Goeritz, el artista plástico Manuel Felgueres, la fotógrafa Katy Horna, los ceramistas Guillermo Castaño y Jorge Wilmot, el arquitecto Jesús Virchez, el especialista en textiles Pedro Preux y otros más; estas fueron las primeras influencias que tuvimos en esa época a la que podríamos llamar el “diseño antes del diseño”.

La carrera de diseño se inició en México en 1959; el Dr. Pardinas y el Arq. Goeritz coincidieron en establecer una disciplina contemporánea en México. Los planes de estudio que se proponían tenían la

influencia de los establecidos en el “Institute of Design” del Instituto Tecnológico de Illinois, con sede en Chicago, el cual había sido fundado por Lazlo Moholy Nagy y Max Bill, profesor y director de la extinta “Bauhaus”. La influencia inicial vino de la Bauhaus, llegando al instituto de diseño de Chicago y después a la escuela de diseño de la Ibero.

Los arquitectos Mahtías Goeritz y Jesús Virchez impartían el taller de proyectos básicos, en donde se experimentaba con materias primas del medio ambiente como son las fibras, maderas, arcillas, semillas, entre otros, con los cuales realizábamos una serie de ejercicios en abstracto para sensibilizarnos, aunque al principio no nos dábamos cuenta; y así aprender un nuevo lenguaje y rescatar conceptos de expresiones honestas.

Como ya he comentado, en 1961 inicié mis estudios en la Universidad Iberoamericana, siendo esta la primera escuela

que se fundó en el país a nivel universitario.

Recuerdo que durante mis primeros años, cuando me preguntaban qué era lo que estudiaba, yo les contestaba que estudiaba arquitectura; no quería exponerlos a la duda que a mí me había surgido en un principio. Nadie o muy poca gente sabía lo que era el diseño.

La duración de la carrera era de cinco años, y el nivel

académico tenía sus altas y bajas; nos tocaba ser los conejillos de indias (¿o podría decir los cuyes andinos?). Realizábamos prácticas profesionales en la industria nacional durante 6 meses en el cuarto y quinto año de la carrera; a mí me tocó realizarlas en la Ford Motor Company de México y en Equipajes Michoacanos respectivamente.

En 1965 realicé un proyecto final, el cual consistió en el diseño de un arado mecánico



que podía ser adaptado a una bomba de riego, tomando en cuenta el costo de una yunta de bueyes y su manutención por un año; una mula mecánica que sustituía la yunta o el tronco de animales; un producto acorde a las necesidades y potencialidad de un país subdesarrollado.

En 1966 tuve la oportunidad de que me apoyaran con una beca para irme a estudiar a Estados Unidos, precisamente al “Institute of Design” del Instituto Tecnológico de Illinois en Chicago, donde estudié una maestría sobre diseño de productos avanzados; y en 1968 fui a la ciudad alemana de Ulm Al “Institut Für Umweltplanung” a estudiar una especialidad sobre el diseño del entorno.

Regresé a México a inicios de 1971, y me incorporé al claustro docente de la Escuela de Diseño en la Universidad Iberoamericana. Donde me encargué de los nuevos planes de estudio.

La sorpresa más grande que tuve fue que todo mundo hablaba de diseño, y la demanda por querer estudiar esa especialidad era extraordinaria; en los años que estuve fuera de México se realizaron eventos relevantes: las Olimpiadas del 68 y el Mundial de Fútbol del 70.

El arquitecto Pedro Ramírez Vázquez fue el presidente de esos juegos olímpicos, llamó a muchos colaboradores entre otros, a los maestros y alumnos de la Escuela de Diseño de la “Ibero”, para realizar los apoyos necesarios en diseño editorial, señalización, mobiliario urbano, mobiliario para la villa olímpica, carteles, souvenirs y otros. El evento olímpico es en realidad el que dio la pauta de difusión y seriedad para consolidar la profesión como tal, porque ahí se demostró la necesidad del diseño en un evento internacional.

Ese mismo año (1971) un grupo de alumnos de la Escuela Nacional de Artes Plásticas,

de la antigua Academia de San Carlos de la UNAM, me invitó a colaborar con el claustro de profesores en el área de diseño gráfico y me pidieron desarrollar los planes de estudio para la carrera de Diseño Gráfico, mismos que ponemos en práctica y así en 1974 se funda la carrera a nivel de licenciatura. Esta tarea no

fue fácil de aplicar, pues la falta de profesores especializados en las diferentes materias dificultó las actividades, pero poco a poco los mismos alumnos interesados en esa especialidad se fueron preparando en áreas específicas y necesarias para estructurar el perfil profesional del egresado.



Paralelamente, mi regreso a México coincide con el inicio del nuevo periodo presidencial del Lic. Luis Echeverría y la creación del Instituto Mexicano de Comercio Exterior, al que se me invitó a colaborar en el Centro de Diseño, en el Departamento de Investigación de Diseño, realizando consultorías y asesorías en los diferentes campos de la industria y la artesanía para el diagnóstico de los productos de exportación y orientándolos en las soluciones de alto nivel en el diseño de sus productos.

Promoviendo becas en conjunto con el CONACYT (Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología) para los alumnos de las diferentes escuelas de diseño y realizando especializaciones necesarias en el extranjero. Impartiendo conferencias en las diferentes universidades del interior del país, y asesorías a las comunidades artesanales de los diferentes estados de la república.

Se instauró el Concurso Nacional de Diseño, que se

llevaría a cabo anualmente y en el que podían participar productores industriales o artesanales, diseñadores profesionales y estudiantes de diseño y carreras afines. Estos concursos eran de tipo general y especializados por ramas y sectores específicos (productos de gran consumo o de tecnología más avanzada) y los premios se otorgaban, tanto a los productores de los artículos que reunieran las cualidades estéticas, conjuntamente con las ventajas técnicas, económicas y funcionales, así como a los autores del diseño de los mismos, y cuando el caso lo ameritara, a otros técnicos que intervinieran en la fabricación de sus productos. A los productos ganadores se les otorgaba el distintivo de “Buen Diseño”. En estos eventos mi participación fue la de promotor y jurado. Además de tener a mi cargo el diseño de la hoja de “Buen Diseño”, primera publicación de diseño que se realizó en México, en donde se difundía a los ganadores de los premios de Diseño IMCE para la Exportación.

Fue en el Instituto Mexicano de Comercio Exterior donde coincidí con Alfonso Soto Soria, con quien realicé una serie de actividades relacionadas con la promoción de diseño tanto en la ciudad de México con los industriales, los diseñadores, las escuelas de diseño y en el interior del país con los artesanos; esta actividad la realizamos hasta 1976.

En 1977 Alfonso me comentó que había asistido a una reunión en Cuenca-Ecuador,

en la que había participado como profesor en un Curso de Artesanos Artífices, que reunía por primera vez a un grupo de artesanos internacionales y nacionales de los diferentes países miembros de la OEA; y que al final de ese curso, se realizó una mesa redonda sobre “diseño en el campo artesanal” en la que habían participado el dr. Rubén Rubín de la Borbolla, Gerardo Martínez, Vicente Mena, Oswaldo Viteri, Olga Fisch, Hugo Galarza, Patricio Muñoz, Leticia Arroyo y él



mismo, junto con los artesanos del curso y abierto al público en general. Uno de los acuerdos que tuvieron fue el de nombrar al Dr. Daniel Rubín de la Borbolla “Artesano de América”; y el otro punto fue la “Declaración de Cuenca” que reconocía la importancia del diseño en la producción artesanal del mundo contemporáneo. Alfonso me invitó a colaborar en un programa para la instauración de un curso de diseño artesanal que se planeaba realizar.

Asistimos a varias reuniones con el Dr. Daniel Rubín de la Borbolla en su casa de San Ángel, en donde se estructuró el plan de estudios para realizar el “Primer Curso Interamericano de Diseño Artesanal”.

Este fue mi primer contacto que tuve con Cuenca, a través de Alfonso Soto Soria y el Dr. Daniel Rubín de la Borbolla.

En julio de 1978 se realizó El Primer Curso Interamericano

de Diseño Artesanal en Bogotá, Colombia, auspiciado por el CIDAP, la OEA y el IDEC, en el que participé como profesor. Allí conocí a Gerardo Martínez, a Patricio Muñoz y a un grupo de becarios cuencanos, Rubén Villavicencio, Samia Peñaherrera, Jorge Jiménez (manitas de plata) y Claudio Maldonado.

En el segundo curso realizado en Popayán, Colombia, conocí al Dr. Claudio Malo, con quien por azahares del destino habíamos coincidido en 1967 en las reuniones que se realizaban en la Universidad de St. Xavier en Chicago; él como profesor de español de quien sería mi esposa Nan Marie O’grady y yo como asistente a la reunión de alumnos extranjeros; sin habernos presentado en ese entonces.

Los siguientes cursos se desarrollaron en diferentes países miembros de la Organización de Estados Americanos y para no abundar, solamente referiré que fueron 13 cursos,

celebrados en México, Cuenca-Ecuador, Catamarca-Argentina, Brasilia-Brasil, Altos de Chavon- República Dominicana, Maldonado-Uruguay, Asunción-Paraguay, Canelo De Nos-Chile, Patzcuaro-México, y el último de regreso a Cuenca.

Durante los cursos he conocido a un gran número de

cuencanos participando como alumnos y como docentes, y me he dado cuenta de la calidad humana y sensibilidad; uno de los recuerdos muy profundos que tengo de Cuenca, es el día que caminaba por una de sus sinuosas calles y me encontré con una oferta que hacían los moradores de un taller de artesanías en madera, y era todo el equipo de talla, consistente



en un sin fin de herramientas como son los formones, las gubias, los bancos, los tornillos de madera, escoplos, serrotes y muchas otras cosas propias del oficio, del siglo XIX. Un acervo extraordinario, digno de un museo; yo tenía intención de adquirirlo pero mis *escaseces* “numismáticas” no me lo permitieron.

De los amigos de Cuenca, tengo la impresión que deseo describirla con la siguiente frase gráfica y precisa “son tan sensibles como una cuerda de violín”, y no creo que hay exageración en estos juicios.

El recuerdo de estas vivencias es una inmensa mancha blanca en la lejanía de mi vida.

Estos recuerdos están acordes en dos de los rasgos más acusados, la alegría y la comunicativa locuacidad – plétórica de contenido – el oportuno y rápido ingenio, cualidades que los convierte en el centro natural de toda reunión, además

de conservar el goce de estos dones, los cuales a través de los años de conocerlos se han decantado, hasta convertir a sus afortunados poseedores en verdaderos maestros en el difícil y ahora tan raro arte de la conversación.

Y me pregunto: ¿no será esta cuerda de violín la causante de muchas de las mejores muestras de propuestas artesanales de nuestros amigos los cuencanos, las que son ejemplos de manifestaciones étnicas que nadie osa siquiera discutirlo?

Sin embargo, no pretendo ni me atrevería a dictar sentencia alguna, limitándome a exponer el punto para que lo estudien, discutan y resuelvan los versados en estos menesteres, mientras tanto yo sigo afirmando; la artesanía existe por la fe del artesano; y que el diseño debe ser el plan, la proyección de ideas positivas y constructivas con un método coherente para producir objetos útiles a la humanidad, valiéndose de

propuestas intelectuales éticas y sirviéndose de recursos materiales compatibles con el medio y la vida.

El diseño de comunicación y el diseño de producción no deben perjudicar el ecosistema. Asimismo no deberán invocar o propiciar con su apología a la violencia, la guerra, las diferencias étnicas, religiosas o políticas, el abuso, el engaño

y la falsedad legal, la manipulación genética, ni la miseria humana y las enfermedades y la destrucción, ni el consumo y distribución de sustancias tóxicas que destruyan el medio ambiente y lo polucionan. Cumpliendo su sentido original creador, el diseño debe beneficiar al ser humano y su entorno, para lograr una mejor calidad de vida y crecimiento espiritual. ı